

Serie

LA EPÍSTOLA A LOS ROMANOS

Diciembre 14, 2022

- Todo el mundo bajo la condenación de Dios -
(Ro 1:18-3:20)

- **Consideraciones generales**

Los conceptos adelantados en (Ro 1:16-17) han de desarrollarse ampliamente en la sección que empieza en (Ro 3:21), pero antes de examinar en detalle el remedio divino, Pablo hace un alto con el fin de diagnosticar el estado moral y espiritual de los hombres, divididos en tres sectores: los idólatras, los moralistas y los judíos. No sólo pinta a lo vivo el estado de la sociedad del mundo grecorromano de su tiempo, sino que universaliza la cuestión por insistir en la culpabilidad de todo hombre que peca contra la luz: la de la naturaleza, la de la conciencia, la de la revelación especial concedida a los israelitas. No menciona la Caída aquí, pero sí toma en cuenta el hecho notorio de la presencia del pecado en el corazón del hombre, analizando sus nefastos resultados, siempre desde el punto de vista de la relación del ser humano con Dios, el Creador y Juez. El desvarío del hombre, con o sin el disfraz de una pretendida moralidad, halla su merecido juicio tanto en el desarrollo de la Historia como en la experiencia personal, sin menoscabo del solemne "día en que juzgará Dios por Jesucristo los secretos de los hombres". Dios es justo, y pagará a cada uno conforme a sus obras, sea en el proceso histórico, sea en el juicio escatológico.

En esta sección discernimos cuatro movimientos que nos preparan para recibir la declaración detallada de la justicia que Dios otorga al creyente: único remedio para los terribles males morales, intelectuales y espirituales que revela la severa diagnosis del Apóstol. Los paganos idólatras rechazaron la luz original de la creación, y, habiendo perdido la revelación divina, se desviaron progresivamente por los torcidos caminos de su propia lógica de hombres caídos, y, habiendo adoptado la idolatría, iniciaron un descenso continuo que terminó por trastocar hasta las relaciones normales entre los dos sexos. No todos los hombres incurrieron en todo el vicio que Pablo describe, pero la tendencia era general, llegando a su máxima expresión en muchísimos casos. La profunda degradación moral, con sus efectos físicos y sociales, constituye en sí una manifestación de la ira de Dios (Ro 1:18-32).

Es importante notar que esta sección no sólo pone de manifiesto el pecado universal, sino que prueba la culpabilidad de todos los sectores de los hombres, ya que todos pecan contra distintos grados de luz, lo que trae como consecuencia la

condenación de todos los hombres delante de Dios como Juez. Por ende, la básica esperanza de justicia —de una rectitud que Dios puede aceptar— depende de la gracia de Dios, quien ha de proveer en amor lo que exige su propia justicia y lo que el hombre es incapaz de presentar.

- **La ira de Dios y los idólatras (Ro 1:18-32)**

1. La revelación de la ira de Dios

***18** Ciertamente, la ira de Dios viene revelándose desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los seres humanos, que con su maldad obstruyen la verdad. (Ro 1;18)*

En el Evangelio, Dios revela, o descubre, una justicia que puede ser atribuida al hombre por el principio de la fe que acepta la Obra de expiación realizada en la Cruz (Ro 1:17). Pero esta revelación no puede contravenir los principios de la justicia divina, de modo que el Apóstol se halla bajo la necesidad apremiante de dar a conocer el estado pecaminoso, la rebeldía y el juicio del hombre caído. La Palabra de Dios, al enfocar su luz en la historia del hombre, descubre la operación de la ira de Dios en contra de toda impiedad e injusticia.

2. Lo conocido de Dios en sus obras

***19** Me explico: lo que se puede conocer acerca de Dios es evidente para ellos, pues él mismo se lo ha revelado. **20** Porque desde la creación del mundo las cualidades invisibles de Dios, es decir, su eterno poder y su naturaleza divina, se perciben claramente a través de lo que él creó, de modo que nadie tiene excusa. (Ro 1:19-20)*

Lo que Dios se da a conocer de sí mismo por medio de sus obras y providencia se llama su “revelación general” y se presenta en forma dogmática en la “teología natural”. La importancia de esta revelación parcial se ha exagerado por algunos y se ha desestimado por otros, pero a nosotros nos toca fijarnos en las claras enseñanzas del Apóstol, que solía señalar esta luz natural al presentar su mensaje ante los paganos. La verdad que percibimos a través de las obras de la naturaleza se resume en estas palabras: “su eterna potencia y divinidad”. Para Pablo, pues, el instinto natural del hombre que deduce la existencia de un Creador por contemplar las maravillas del universo es razonable, por mucho que los modernos nieguen la validez de las “pruebas de la existencia de Dios”.

3. El desvarío de la idolatría

***21** A pesar de haber conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se extraviaron en sus inútiles razonamientos, y se les oscureció su insensato corazón. **22** Aunque afirmaban ser sabios, se volvieron necios **23** y cambiaron la gloria*

del Dios inmortal por imágenes que eran réplicas del hombre mortal, de las aves, de los cuadrúpedos y de los reptiles. (Ro 1:21-23)

La locura de la idolatría. En algún momento el hombre se jacta de ser fuerte, creyendo que es suficiente por sí para solucionar los problemas de su vida. Pero su euforia dura poco, especialmente en sociedades primitivas, de modo que, frente a los desastres naturales, los duros azotes de las enfermedades, los repentinos cambios de fortuna y la trágica realidad de la muerte, se halla tan débil que, obedeciendo a un profundo instinto religioso, busca auxilio en fuerzas espirituales o procura alejar las influencias adversas. El animismo suponía (y supone) la operación de espíritus en las esferas que hemos notado, asociándolos con objetos materiales de género diverso. De ahí pasaron los hombres a representar distintos poderes suprahumanos por medio de ídolos. Fue rechazada la sublime sabiduría de la adoración del Dios Creador y el gozo de servirle, pero el débil corazón humano no podía quedar sin apoyo, y lo buscaron en las obras de sus manos. Las esculturas podrían representar tanto seres bellos y caprichosamente fuertes, como en Grecia, o animales repugnantes, como en Egipto y el Oriente. Ya que el hombre tiende a asemejarse a lo que adora, desvalorizaba su propia personalidad por postrarse a los pies de las obras de sus manos. Muchas profecías y salmos protestan contra la insensatez de este pecado máximo que transfiere la gloria que corresponde a Dios a las obras de las manos del hombre. Hoy en día un elevado porcentaje de la raza humana son idólatras en el sentido de este pasaje. En regiones donde predomina un cristianismo decadente, el mismo desvarío halla su satisfacción en la adoración de imágenes. En países de gran desarrollo técnico, la ciencia y la tecnología, las riquezas, la pasión por el mando o por adquirir una elevada posición social hacen las veces de "ídolos". ¡He aquí la locura de quienes se jactaban de ser sabios!

4. La triple entrega judicial de Dios

***24** Por eso Dios los entregó a los malos deseos de sus corazones, que conducen a la impureza sexual, de modo que degradaron sus cuerpos los unos con los otros. **26** Por tanto, Dios los entregó a pasiones vergonzosas. En efecto, las mujeres cambiaron las relaciones naturales por las que van contra la naturaleza. **28** Además, como estimaron que no valía la pena tomar en cuenta el conocimiento de Dios, él a su vez los entregó a la depravación mental, para que hicieran lo que no debían hacer. (Ro 1:24,26,28)*

"Dios les entregó". Es posible que todos los juicios de Dios sobre los rebeldes mantienen estrecha relación con lo que el hombre mismo busca para sí, tanto en el tiempo como en la eternidad, pero aquí el principio resalta claramente en el proceso histórico con referencia a los paganos idólatras que siegan exactamente lo que sembraron según las normas de la justicia divina.

El Apóstol subraya la inmoralidad sexual, que no respetaba ni el orden natural de los sexos, pues las buenas costumbres humanas dependen del matrimonio y del hogar, y deshechos éstos, un diluvio inmundo de corrupción pasa por las brechas de los

diques de las buenas costumbres. Toda etapa decadente de las civilizaciones pasadas se ha caracterizado por el vicio desenfrenado en el orden sexual. Pero el paganismo, al rechazar la adoración del Creador, cambiando la verdad de su Persona en la mentira de la idolatría, no sólo perdió toda noción de lo que es decente y conveniente en las relaciones entre los sexos, sino manifestó una crueldad satánica que no respeta el prójimo, llegando a desconocer lo sagrado de los pactos y dedicándose a allegar riquezas por todos los medios. No hay aspecto de la vida humana que escape a la corrupción que brotó del engaño original de dejar a un lado al Creador, buscando sustitutos al agrado de la perversa ingeniosidad del hombre caído. Tengamos en cuenta que el germen de todo esto anida en el corazón de todo hombre caído, aún si, por fortuna, se halla en una sociedad más “respetable”. El clímax del mal se halla en (Ro 1:32).

32 Saben bien que, según el justo decreto de Dios, quienes practican tales cosas merecen la muerte; sin embargo, no solo siguen practicándolas, sino que incluso aprueban a quienes las practican.

No cesa todo conocimiento de parte del hombre, sino que “a pesar de conocer la justa sentencia de Dios de que los que practican tales cosas merecen la muerte, no sólo las hacen, sino también se complacen con los que las practican”. Es decir, hay empeño en perseverar en crímenes que están bajo el juicio de Dios, y no sólo caen los hombres en el mal por su debilidad de voluntad en estados pasionales, sino que tienen gusto en ver que otros corren por los mismos caminos de corrupción. Comparemos esta terrible lista con otra que resume las manifestaciones del amor obradas por el Espíritu Santo en el Reino de Dios:

“El amor es sufrido, el amor es benigno; no tiene envidia; el amor no se vanagloria, no se hincha; no se porta indecorosamente, no busca lo suyo, no se irrita, no toma en cuenta lo malo. No se goza en la injusticia, más se goza con la verdad; todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre” (1 Co 13:4-7).

Continuación